

«Y conocerás la verdad, y la verdad te hará libre». Con estas palabras del Evangelio de San Juan, que están inscritas sobre la pared de mármol del principal pasillo del Cuartel General de la CIA, en Langley (Virginia), comienza el libro de Victor Marchetti y John D. Marks sobre la organización secreta norteamericana, que próximamente será puesto a la venta en España. La verdad sobre la CIA, sin embargo, es tan compleja y solapada en los tiempos que corren, que uno debe preguntarse al leer este libro por las intenciones y fin último de los autores al pretender poner al desnudo nada menos que uno de los complejos de espionaje más secretos del mundo.

Victor Marchetti sirvió en la CIA durante catorce años, hasta llegar a ser ayudante del subdirector de la Agencia. Tras abandonar la CIA, en 1969, escribió una novela de espionaje, «The Rope Dancer», donde se revelaban algunos de los «trucos» reales de la información secreta, lo que puso sobre aviso a sus antiguos compañeros. Marks ocupó un cargo en el Departamento de Estado hasta 1966. Trabajó como auxiliar en funciones relacionadas con la Inteligencia hasta el año 1970. Después cambió ese puesto por el de secretario del senador Clifford Case, de Nueva Jersey. Son, pues, hombres surgidos de la propia Administración, coaligados en una crítica que obedece al momento histórico y a la situación político-militar por la que están atravesando los Estados Unidos: Libros como «The CIA and the Cult of the Intelligence», de Marchetti y Marks; el reciente de Phillip Agee, «Inside the Company: CIA Diary», y otros similares, que seguramente surgirán a no tardar, están marcando el tránsito de una manera norteamericana de hacer las cosas en el mundo, a otra, lo cual nada tiene que ver con la ética, sino con los métodos. Vietnam y el Watergate fueron los límites que obligaron a revisarlo todo.

El libro que nos ocupa tiene además la rara cualidad de ser el primero en la Historia de los Estados Unidos que ha sido censurado por el Gobierno, incluso antes de ser entregado a la imprenta. La CIA trató de impedir su publicación, llevó el asunto a los Tribunales, alegando motivos de seguridad nacional, y pidió que fueran suprimidos 339 pasajes. Los autores protestaron y consiguieron recuperar algunos, pero aun así el libro ha sido publicado con sustanciales cortes de texto, que aparecen en blanco.

Estructura de la CIA

Aparte las anécdotas y algunas revelaciones episódicas sobre las peripecias de la CIA en Asia, la muerte de «Che» Guevara, la liquidación de las guerrillas del Perú y la infiltración en las filas



LA CIA EN LA PICOTA

Fernando Martínez Lainez

de los revolucionarios brasileños, el material valioso del libro se basa en una serie de hechos reiteradamente expuestos, casi con machaconería, por los autores, y que pudieran resumirse así:

1.º La CIA ha fracasado en su infiltración «humana» de los países socialistas europeos, la URSS y China. Estas sociedades cerradas, dotadas de un gran aparato policial y de contraespionaje, re-

sultan prácticamente invulnerables para el espionaje clásico. Los escasos éxitos que la CIA se ha apuntado en este sentido han sido debidos a las deserciones voluntarias e imprevistas «desde dentro», y no a la acción «desde fuera».

2.º En los Estados Unidos existe hoy un culto peligroso a la información secreta, y esta actitud ha llegado a convertirse en un

gigante casi completamente incontrolado. La CIA ha sobrepasado las funciones para las que primitivamente fue creada (coordinar y evaluar la información exterior que pueda interesar al Gobierno), y se ha convertido en un arma secreta al servicio directo del Presidente y de hombres poderosos que le rodean. La intervención clandestina en los asuntos de otros países ha llegado a un grado intolerable. Los políticos y la opinión pública deben tenerlo en cuenta y exigir responsabilidades.

3.º La información que la CIA recoge sobre países que representan una potencial amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos (en rigor, sólo hay dos: la URSS y China) se adquiere a través de medios técnicos (satélites artificiales y aparatos electrónicos, que son los que absorben la mayor parte del presupuesto de la Inteligencia. Los medios de espionaje clásico son prácticamente inoperantes para el cumplimiento de esta decisiva misión.

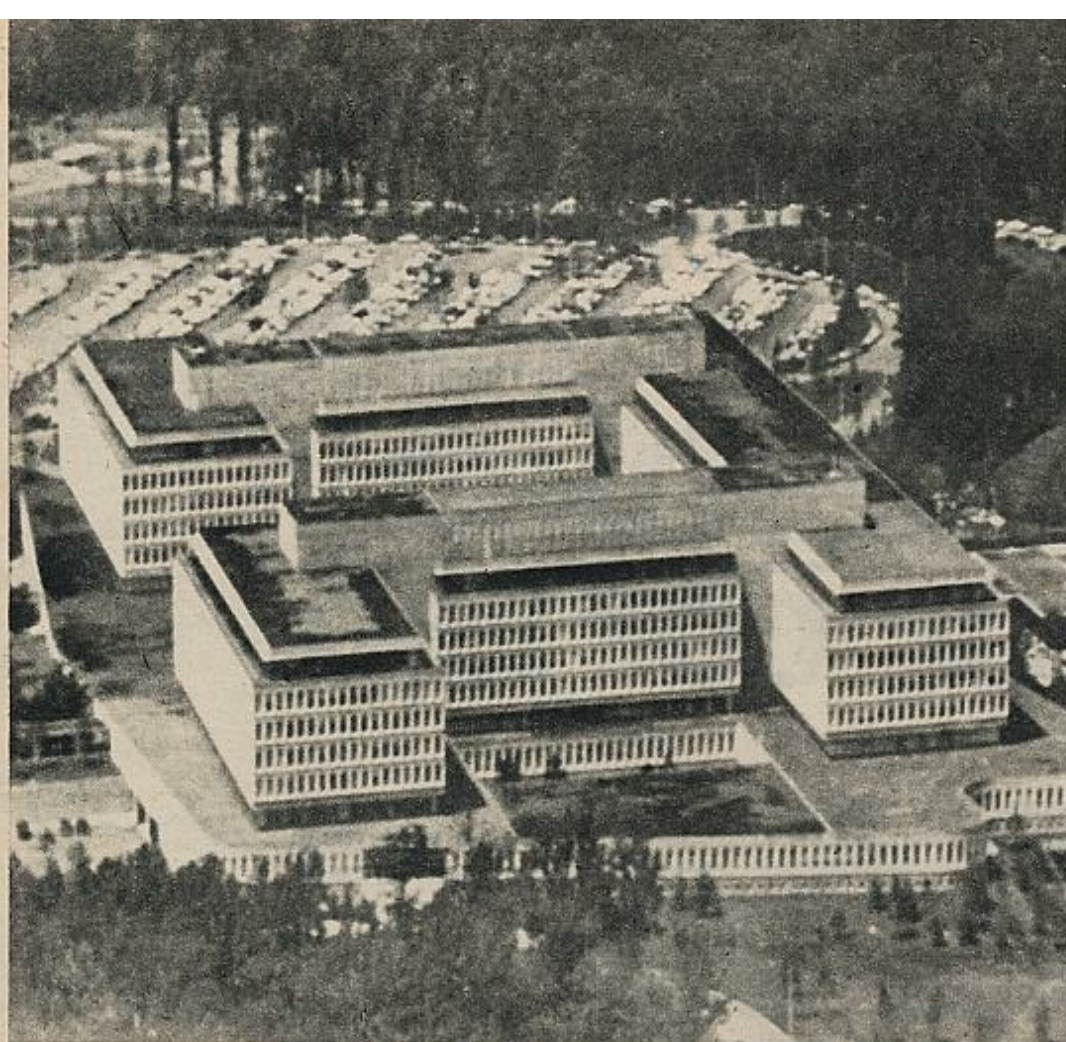
4.º La CIA cuenta con un personal autorizado oficialmente de 16.500 individuos (más varias decenas de miles que sirven temporalmente bajo contrato), y tiene un presupuesto aproximado de 750 millones de dólares. La mayor parte de este dinero (unos 440 millones de dólares) va a parar a los servicios clandestinos: espionaje, contraespionaje y acciones encubiertas. Esta cifra, sin embargo, es en cierto modo ficticia, puesto que otras Agencias federales, y sobre todo el Pentágono, le hacen llegar cientos de millones de dólares para actividades de interés común. Además, la CIA tiene sus propias empresas legales, que utiliza como tapadera y de las que se sirve en el momento oportuno. Muchas de estas empresas se autofinancian, e incluso llegan a obtener sustanciosos beneficios.

Por si fuera poco, la CIA juega a la Bolsa, invierte en el extranjero y compra y vende moneda en el «mercado negro» cuando llega el caso (por ejemplo, en Vietnam).

5.º La CIA no es la organización de los Servicios Secretos norteamericanos más importante, ni en presupuesto ni en personal. La National Security Agency (NSA), del Departamento de Defensa, emplea 24.000 personas, y tiene un presupuesto anual de 1.200 millones de dólares. La Inteligencia del Ejército (Army Intelligence) dispone de 35.000 individuos, con un presupuesto de 700 millones, y la Inteligencia de la Fuerza Aérea (Air Force Intelligence), que controla el empleo de los satélites artificiales, tiene 56.000 personas y 2.700 millones de dólares de presupuesto al año. La CIA sólo cuenta con el 15 por 100 del total de los recursos que los Estados Unidos dedican a sus Servicios de Información Secreta. La importancia fundamental de la CIA le viene dada



Victor Marchetti y John D. Marks, dos antiguos funcionarios de los servicios de inteligencia, son los autores del polémico libro.



Sede central de la CIA: Un culto peligroso a la información secreta.

porque su director es también el jefe de toda la Inteligencia norteamericana. En la práctica, sin embargo, el Pentágono trata de administrar y controlar celosamente su propia información, lo que origina luchas internas sordas y duplicidad de esfuerzos, con el consiguiente despilfarro de recursos.

Oposición Pentágono-CIA

Vistas así las cosas, no tendría nada de extraño que la campaña del público desprestigio a que se ha sometido últimamente a la CIA en los propios Estados Unidos respondiera al antagonismo con el Pentágono y al desdén de los militares de controlar y dirigir en exclusiva toda la información y las actividades secretas (como ocurre en casi todos los países). El hecho clave que se desprende de esto es que si la CIA desapareciera en cualquier momento como organización con esas siglas (lo cual es perfectamente posible), la Inteligencia americana no sufriría mucha merma, puesto que el Departamento de Defensa y otras Agencias federales disponen de medios suficientes para ocupar el vacío creado. Una comisión nombrada por Nixon en 1970 para revisar la organización del Departamento de Defensa, concluyó —por boca de su propio presidente, Gilbert W. Fitzhugh— que el Pentágono «sufría de un exceso de información secreta» y que en la maraña de datos obtenidos procedentes de tantas fuentes distintas era di-

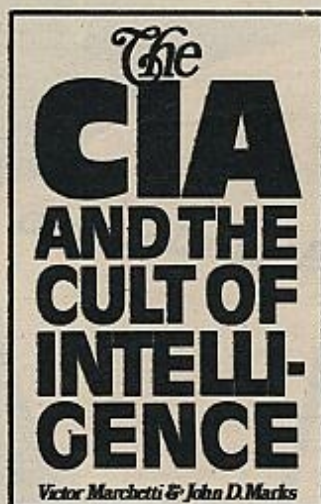
fícil distinguir lo verdaderamente importante.

El conflicto entre las Agencias militares y civiles del Gobierno estadounidense —explican los autores del libro—, se hizo evidente en la preparación del National Intelligence Estimates (NIE), que hasta 1973 era considerado la evaluación más estimable de la seguridad nacional. Este año, los documentos del NIE fueron considerados inadecuados por Kissinger, que sustituyó a la Junta del National Intelligence Estimates por un grupo de ocho altos funcionarios gubernamentales (National Intelligence Officers). Este grupo, en un corto espacio de tiempo, es capaz de elaborar breves informes sobre cualquier situación internacional, que son utilizados inmediatamente por el poder ejecutivo.

Atributos secretos

«The CIA and the Cult of the Intelligence» nos dice también que el Pentágono tiende a sobreestimar por sistema el potencial bélico de la URSS para obtener así más créditos del Congreso. La CIA ha criticado a menudo esta visión de los organismos militares. Un ejemplo claro ocurrió en 1965 con los ABM (missiles defensivos) soviéticos, los cuales —según el Pentágono— eran capaces de demoler la fuerza nuclear ofensiva norteamericana, con lo cual se hubiera roto el «equilibrio del terror» entre los dos supergrandes. Posteriormente

se comprobó que por aquellas fechas, los ABM de la URSS no estaban tan desarrollados como se creía, pero el Pentágono obtuvo dinero para incrementar notablemente su potencial nuclear de



Portada de la edición británica del libro de Marks y Marchetti.

ataque. Paradójicamente, algunos observadores han llegado a afirmar que una de las razones para entablar negociaciones sobre la limitación de armas estratégicas estriba en que ni USA ni la URSS están convencidas de la eficacia de los ABM, y piensan gastarse ese dinero en otro tipo de armas.

La actuación de la CIA en el interior de los Estados Unidos ha si-

do recientemente noticia en todos los medios informativos, pero Marks y Marchetti parecen haberse adelantado a arrojar alguna luz autorizada sobre la polémica, ya que afirman que la CIA tiene «privilegios» secretos, como reconoció en 1968 Richard Bisell (antiguo jefe de los servicios clandestinos de la Agencia) ante el Consejo de Asuntos Exteriores. Los verdaderos atributos de la CIA son desconocidos, y los decretos fundacionales (National Security Act, de 1947, y Central Intelligence Act, de 1949), son poco más que coberturas legales para justificar la existencia de la organización. Existe un conjunto de órdenes secretas de la Presidencia (National Security Intelligence Directives) que permanecen ocultas excepto para unos pocos, y que fueron codificadas en 1959. Sólo en julio de 1973 se permitió a dos comisiones del Congreso echar una ojeada a estos archivos. El ciudadano común no tiene medios para saber si la CIA se extralimita en sus funciones, sencillamente porque no sabe cuáles son. Los autores del libro aseguran que una orden secreta del Presidente dio a la CIA poderes para interrogar a los norteamericanos sobre sus viajes al extranjero, y establecer acuerdos con las Universidades norteamericanas.

El golpe Watergate

La CIA es en cierto modo otra «víctima» del Watergate, porque cooperó indirectamente con Nixon en los espionajes domésticos de la Presidencia. En el turbio asunto de la Casa Blanca, el FBI se mostró más cauteloso y moderado. Quizá es el miedo a que la CIA se convierta en «Guardia Pretoriana» del Presidente lo que está haciendo reaccionar al Congreso para exigir explicaciones y responsabilidades a la Agencia. Un hecho realmente insólito, aunque sobre el papel, el poder ejecutivo y el legislativo disponen de controles adecuados.

En la práctica, las autorizaciones presidenciales a los proyectos importantes de la CIA vienen a través del Comité 40 (antes llamado Comité 303), integrado normalmente por Kissinger, el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, el subsecretario de Defensa, el director de la CIA y el presidente del Estado Mayor Conjunto. Otros instrumentos del ejecutivo para controlar a la CIA son el President Foreign Intelligence Advisory Board (PFIAB), formado por once personalidades civiles que se reúnen varias veces al año, y el Office of Management and Budget (OMB), que controla los gastos de todos los Departamentos del Gobierno.

Pero, a partir del asunto Watergate, el abuso de poder instó también al Congreso a pedir algunas cuentas a la CIA. La Agencia ha resultado vulnerable una vez caído Nixon. ■